

El último de los canarios de Agustín Millares Torres: imaginación y silencios de una novela fundacional atlántica

*

El último de los canarios, by Agustín Millares Torres:
imagination and silences of a founding Atlantic novel

Naya Pérez Hernández
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria
nayra.perez@ulpgc.es

Alicia Llarena González
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria
alicia.llarena@ulpgc.es

Resumen

El último de los canarios (1875), de Agustín Millares Torres, calificada tradicionalmente como novela histórico-sentimental romántica, ofrece también una potente lectura alegórica-política que la convierte en una verdadera novela fundacional atlántica, emparentando a la literatura canaria con la hispanoamericana. El objetivo de este texto es descubrir algunas de las imaginaciones y los silencios que posibilitan esta nueva lectura, desde una perspectiva poscolonial que intenta dignificar una historia y una cultura, las de las Islas Canarias, tantas veces ignoradas e incomprendidas, y que nos permitirá dilucidar qué y de qué manera funda nuestro autor.

Palabras clave: ficciones fundacionales, literatura canaria, retórica del romance nacional, Agustín Millares Torres.

Abstract

El último de los canarios (1875), by Agustín Millares Torres, traditionally classified as a romantic historical-sentimental novel, also offers a powerful allegorical-political reading that makes it a true founding Atlantic novel, linking Canarian literature with Spanish-American literature. The objective of this text is to discover some of the imaginations and silences that make this new reading possible, from a postcolonial perspective that tries to dignify a history and a culture, those of the Canary Islands, so often ignored and misunderstood, and that will allow us to elucidate what and how our author founds.

Keywords: foundational fictions, canarian literature, rhetoric of national romance, Agustín Millares Torres.

Recibido: 10/03/2023
Aceptado: 26/06/2023

“La historia de las Islas Canarias no se ha escrito todavía. ¿Es digna de escribirse?”
Millares Torres (*Historia general* 1)

Como sucedió en la literatura hispanoamericana, será la novela el último de los grandes géneros que cultivarán los escritores canarios, ya en el siglo XIX, a excepción de contadas obras como *Ninfas y pastores de Henares* (1587), de Bernardo González de Bobadilla, calificada como novela pastoril (Santana Sanjurjo), o la *Vida del noticioso Jorge Sargo* (1744-48, aunque publicada en 1983), de José de Viera y Clavijo, de filiación picaresca (Galván González). Esto, unido al contexto de pobreza y desatención cultural de las islas, pues como el mismo Viera y Clavijo advertía: “Un país aislado a todas luces, sin universidades, sin imprentas, grandes librerías, emulación literaria, estímulos ni premios, no puede ser fértil en semejantes producciones.” (125), hará que la evolución de la novela insular esté marcada por cierto rezago respecto el desarrollo de este género en el mundo occidental y en las letras hispánicas

Tal es el caso de *El último de los canarios*, la novela que será objeto de nuestro estudio, ya que cuando Agustín Millares Torres¹ desarrolla su producción literaria, que tradicionalmente ha sido calificada de romántica,² en Europa ya están apareciendo las grandes obras del movimiento realista. A lo largo de 1858 este autor va publicando como folletín en el periódico *El Ómnibus*, que él mismo dirige desde 1857 a 1861, *Benartemi. Leyenda canaria*; más tarde, durante ese mismo año, reúne las diferentes entregas y las edita como un volumen independiente. No es hasta 1875 que aparece una refundición de la obra, probablemente influida por la lectura de las primeras novelas de Benito Pérez Galdós (Quintana Déniz 281), versión definitiva que ya Millares Torres titula como hoy la conocemos, *El último de los canarios*.

A vueltas con el género de la novela

A pesar de que *El último de los canarios* ha recibido una atención escasa como, en general, los autores y obras del XIX insular, esta obra ha sido calificada por quienes

1 Nació en Las Palmas de Gran Canaria en 1826 y falleció en la misma ciudad en el año 1896.

2 Dentro de su producción literaria, en narrativa, además de la obra ya mencionada y que estudiaremos, encontramos la novela *Esperanza* (1860, reeditada en 1875), *Leyendas canarias* (1866), *Eduardo Alar* (1871, aunque divulgada como folletín años antes en la prensa insular), *Historia de un hijo del pueblo* (1876) y *Aventuras de un converso* (1877). También escribió obras teatrales como *Una coqueta* (comedia) y *La bruja de Cambaluz* (drama).

la han analizado como de novela histórica y sentimental romántica, como explica Yolanda Arencibia Santana:

En el ámbito de lo estrictamente literario, son las novelas cortas lo más romántico de la producción de Millares Torres. En ellas rinde tributo al tema histórico con narraciones como *La muerte de Doramas y Benartemi*; crea ambientes localistas isleños llenos de peripecia y aventura con heroínas abnegadas y héroes intrépidos, generalmente vencedores frente la adversidad (117).

El argumento de la obra es bastante típico dentro de este género: la narración de una historia sentimental cargada de dificultades (la de doña Isabel de Mendoza y el canario Benartemi) sirve de base para la recreación de una época histórica pasada. La obra transcurre en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria apenas veinte años después de acabada la conquista de la isla, es decir, en los primeros años del siglo XVI, dibujándose ambientes, tipos y lugares, tal y como críticos como Louis Maïgron o György Lukács han caracterizado a este tipo de novelas (Morales Jasso y Bañuelos Aquino), en este caso, propios de esta recién nacida colonia castellana. Junto a los conquistadores y nobles españoles que comienzan a asentarse en la nueva ciudad atlántica, nos encontramos a los pobladores originarios, un grupo diezmado y sometido, eliminado o reducido a la esclavitud, pero con una minoría aún rebelde que, refugiada en las montañas y los barrancos, resiste y sabotea también la nueva organización, política, económica y social, que intenta imponerse desde la metrópoli. Benartemi es el jefe de los rebeldes canarios, venerado por estos al tiempo que demonizado por los castellanos.

Como vemos, la novela histórica del Romanticismo insular es peculiar, en tanto que, como ha señalado Ángeles Perera Santana, nuestros escritores no se inspiran en el pasado medieval o los héroes caballarescos al estilo del escocés Walter Scott, quien forjó escuela en este periodo, porque Canarias, al igual que América, no tuvo Medioevo, sino en “la historia precolonial del Archipiélago” (1). Así, esta obra literaria se convierte en un ejercicio narrativo con el que el autor no solo complementa –no hay que olvidar que Agustín Millares Torres, además de músico y periodista, desarrolló una valiosa labor historiográfica– el cultivo de la memoria, sino que le sirve para la exaltación de “lo aborigen frente a la civilización colonizadora” (Perera Santana 5), lo que le permite la ficción literaria.

Mas esta originalidad no es propia o única de este periodo de la historiografía de las letras canarias y más bien puede verse como un rasgo de la tradición interna insular. Ya desde nuestros primeros autores (Cairasco de Figueroa, Antonio de

Viana, Silvestre de Balboa),³ a decir de Becerra Bolaños, el tema de la conquista de estas islas –en un tono en bastante ocasiones lascasianista⁴ que denuncia cómo un espacio y un pueblo fueron destruidos por la supuesta razón civilizadora occidental– ha sido bastante cultivado en obras de diferentes géneros; corriente que sigue más tarde, ya en el XVIII, con Viera y Clavijo en la historia o en los albores del XIX, con Graciliano Afonso, a través de su poesía y de sus leyendas. Como el mismo autor escribiese: “La novela, tal como se escribe hoy, es el verdadero poema épico moderno” (Quintana Déniz 279).

Aunque no nos parece desacertada esta clasificación que tradicionalmente se ha hecho de *El último de los canarios*, que encaja con el espíritu nacionalista romántico –de hecho, es automática la asociación que se establece con *El último mohicano* (1826), del norteamericano James Fenimore Cooper, aunque, como advierte Ángeles Perera Santana, “son muchas las diferencias entre ambas obras” (5)–, sí que nos resulta insuficiente, pues el texto de Millares Torres se presta a otras posibles lecturas. Apuntaba Benedict Anderson que las naciones son comunidades políticas imaginadas, por cuanto sus miembros comparten una imaginaria que, a pesar de las desigualdades que puedan darse en su interior, indefectiblemente los une. En la construcción de este aparataje ideológico va a jugar un papel fundamental la cultura letrada compartida. El texto –en especial, el literario– se privilegia en estos procesos de identificación nacional por su posibilidad de construir narraciones muy poderosas que van más allá de configurar ese aglutinador cultural que une a la comunidad. También, como plantea Edward Said, la literatura crea una mirada de “el otro” y su mundo, desde la que se han sostenido históricamente diversos relatos de dominación; al tiempo que puede ofrecer una perspectiva alternativa a los discursos hegemónicos, dominantes u oficiales, sobre todo en espacios que sufrieron procesos coloniales o imperiales en los que muchas comunidades quedaron subalternizadas.

Desde esta perspectiva se entiende el análisis que de las llamadas novelas nacionales hispanoamericanas del XIX y las primeras décadas del XX hace Doris Sommer en su ya clásico *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina*. Esta autora plantea una lectura simbólico-política de unas obras solo aparentemente de corte romántico sentimental –con el fuerte atractivo que este tipo de

3 Eugenio Padorno los señala como los poetas fundadores de lo que se ha llamado el “canario cántico”.

4 Con este adjetivo queremos caracterizar a una línea de pensamiento inaugurada por la obra del fraile dominico Bartolomé de las Casas (1484-1566), quien hizo una fuerte defensa de la racionalidad de los pueblos originarios de América y que en muchas ocasiones los autores canarios extrapolaban a los canarios originarios.

historias, cuyo eje es el romance, tiene—, en unas naciones que recién se han independizado y se están planteando de qué “nueva” y moderna manera deben ser. A los estudios ejemplificadores de algunas obras que hace Sommer —como *Amalia* (Argentina, 1851), *Sab* (Cuba, 1841), *O guaraní* (Brasil, 1857), *María* (Colombia, 1867), *La aritmética en el amor* (Chile, 1860), *Enriquillo* (República Dominicana, 1879-1882) o *Cumandá* (Ecuador, 1879)—, creemos que deben añadirse otras novelas de la época que, aun fuera geográficamente de esta región —aunque no tanto histórica y culturalmente, como veremos—, comparten múltiples rasgos de los que aduce la crítica norteamericana, como *El último de los canarios*, de Agustín Millares Torres, que puede ser leída como una auténtica novela de fundación atlántica y que viene a emparentar, otra vez, la historia y cultura insular con la hispanoamericana.⁵ Como ha explicado Eugenio Padorno:

No es extraño que hayamos leído en alguna parte que la literatura canaria es realmente un apéndice de la literatura hispanoamericana. Es lógico que el asunto que nos ocupa haya sido abordado con una doble perspectiva teórico-crítica: de una parte, hay una literatura en Canarias que se deja interpretar, en aserto ratificado por la historia, como una variedad provincial de la literatura española; de otra, existe una literatura canaria, variante de las literaturas hispánicas, que se deja interpretar, a pesar de la historia, como la expresión nacionalista de un pueblo que si bien reparó —al hilo de los sucesos de la emancipación del Nuevo Mundo— en el proyecto de la posesión de su territorio, no llegó a consumarlo, o —como otros aún sostienen— parece haberlo diferido (“Sobre la formación” 501-502).

Se hace necesario, pues, para intentar demostrar nuestra hipótesis, precisamente por la dimensión simbólico-política de su perspectiva, situarla y, por consiguiente, situar históricamente a las Islas Canarias, en el periodo de su publicación. También es pertinente comparar la realidad insular con la hispanoamericana de ese periodo, para poder justificar nuestro planteamiento, ya que la teoría de las *Ficciones funda-*

5 “Suele ser un tópico referirse, desde hace mucho tiempo, a las islas Canarias como antesala de América, como escala obligada entre el Viejo Mundo, incluido el continente africano y el Nuevo. Se aduce, no sin razón, que desde la etapa misma del Descubrimiento, las islas Canarias tuvieron un especial protagonismo con relación al Continente americano. El viaje descubridor de Cristóbal Colón partió, como es bien sabido, desde San Sebastián de La Gomera el 6 de septiembre de 1492, previa escala en la isla de Gran Canaria, y, sobre todo, a partir del segundo viaje del Almirante se transportaron desde las Islas, con destino a los primeros territorios recién descubiertos en el Caribe, plantas útiles como la caña de azúcar, o diversos animales, como los cerdos llevados desde la propia isla de La Gomera.” (Paz 197)

cionales, trabajo publicado en 1991, fue proyectada para unos productos culturales de América Latina.

Solo unas décadas antes de la aparición de *El último de los canarios*, en un breve periodo de tiempo que va desde 1810 a 1825, en el que se desarrollan las guerras de independencia, toda la América Ibérica, excepto Cuba y Puerto Rico, consigue la emancipación de sus metrópolis (Fabelo Corzo 56). Por tanto, en las décadas subsiguientes, que coinciden con la gestación y publicación de nuestra obra, las nuevas naciones que acaban de formarse se enfrentan a la ingente tarea no solo de pacificación sino de construcción de aparatos estatales que aseguren su gobernabilidad. Pero también es necesaria una iconografía, con símbolos (escudo, himno, bandera...), unos héroes reconocidos por todos y una escritura que representen imaginariamente, en el sentido de Anderson, la nación y que se asienta y es reconocida por la comunidad en un proceso de verdadera pedagogía política (Robira 259-260); de ahí la teoría y la lectura que de este tipo de novelas hace Sommer.

La historia de Canarias en el XIX no parece políticamente tan convulsa como la americana. Las Islas, que solo unos años antes que estas colonias se habían incorporado a la corona de Castilla tras el proceso de conquista llevado a cabo desde fines del XV a primeros del XVI —un episodio que resultó ser fundamental para la posterior expansión hacia el por entonces llamado Nuevo Mundo (García de Gabiola 155)—, ahora administrativamente provincia española, no vivieron en este siglo los procesos de independencia que emprenden las colonias americanas. Esto, a pesar de que la situación era muy difícil también aquí, con un alto índice de pobreza, agudizada por crisis cíclicas de sequías y varias epidemias graves en la centuria, y con unas tierras concentradas en las pocas manos de los terratenientes, junto al sempiterno atraso sociocultural. Esta situación impulsa a un buen porcentaje de la población a la migración, personal o familiar, ya sea interinsular, ya sea hacia América y las Antillas, en busca de una existencia digna (Pérez García).

Esa profusa vuelta al pasado en el XIX insular, no exclusiva de nuestro autor, y que observamos desde los inicios de la centuria con un prerromántico como Graciliano Afonso y sus leyendas canarias y, posteriormente a Millares Torres, en los autores de la Escuela Regionalista,⁶ muchas veces creando mitos y proyectando una imagen igualmente mítica de la historia prehispánica que la exalta, puede interpretarse, como señala Becerra Bolaños, de una manera simbólica-política. Por un

6 Los poetas de esta escuela, que surge en la ciudad de La Laguna en 1878, como Nicolás Estévanez o José Tabares Barlett, junto a la simpatía hacia los canarios originarios, cultivarán de manera recurrente el tema del paisaje insular desde un sentimiento de nostalgia que nace de la ausencia de la tierra (Reyes González).

lado, puede leerse como un reclamo hacia España, como una queja del abandono de la metrópoli hacia estas tierras incorporadas a Occidente pero muy alejadas de Europa y que quedaron en la situación de colonia eternamente desatendida que no llegó a descolonizarse; al tiempo que, en esa ficcionalización de la historia se intuye la voluntad de intentar decirse, de contarse en su peculiaridad, de narrarse a sí misma desde su origen porque España nunca se había fijado, ni en su historiografía oficial ni en su literatura, detenidamente en ella. En definitiva, y en este sentido *El último de los canarios* puede ser catalogada como una novela fundacional, en este caso atlántica, que de manera alegórica intenta reclamar un estar en el mundo diferente, con sus imaginaciones y también con sus silencios.

Algunas notas sobre la retórica de un romance nacional atlántico

No es baladí que estas novelas “patrióticas” del XIX, casi todas firmadas por escritores que además tenían lazos con la administración política –también Agustín Millares Torres, quien fue notario–, usen la retórica del erotismo en su función didáctica para vehicular sus proyectos civilizadores. No solo por la fuerza que ejerce la narrativa del romance, sino porque este además permitía integrar como público lector a las mujeres, tradicionalmente al margen del disfrute de los productos culturales, especialmente los literarios, y a quienes había que formar para las necesidades de los nuevos estados. Este género será idóneo para el contexto cultural de las Islas, teniendo en cuenta que, como señala García García, “Los cimientos nacionales de Canarias tienen orígenes emocionales. Las islas se convierten en un archipiélago que es tierra y lágrima, pero no un estado soberano” (6).

De partida, en el primer capítulo, tras ubicarnos de manera espacio-temporal desde una mirada idealizadora típica del romanticismo, se nos presenta el objetivo de la trama: lograr la unión matrimonial, que simbolizaría la consolidación nacional. La novia, doña Isabel de Mendoza, que se ha criado en la ciudad tinerfeña de La Laguna, está llegando al Puerto de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria para casarse con su prometido, el noble español don Pedro de Carvajal y Trejo. Se trata de una relación desigual, hasta catalogada por algunos personajes de peligrosa, entre un capitán mayor, de unos 65 años, que participó en la conquista de la isla y ahora en su gobierno, y una dama joven, casi niña, quien, aun de piel clara y calificada de hermosa, es mestiza (es hija del conquistador toledano Hernando de Guzmán y de Guayarmina, hija del Guanarteme, a quien al bautizarla le dieron el nombre de Margarita) quien, aunque ha sido educada, ha vivido lejos de la “sociedad”, por lo que no es vista por todos con buenos ojos:

Por consiguiente, no bien el capitán intentó casarse con doña Isabel de Mendoza, cuando su amigo y cuñado le pintó con los más vivos colores las desagradables consecuencias de esos matrimonios desiguales, en donde los celos del marido, las travesuras de la esposa y las risas del pueblo hacen del hogar doméstico un infierno anticipado (Millares Torres, *Benartemi* 24).

Como explica Sommer, el varón, en esta exhibición del deseo que es el romance, es una metonimia del héroe burgués, poderoso, heterosexual, símbolo del logos que intenta controlar el desorden y la barbarie. La heroína representa el Nuevo Mundo, las nuevas tierras, por supuesto vírgenes. Como se detalla en los primeros capítulos de la novela, Isabel ha vivido casi recluida entre las paredes de la casa de su tutora desde la muerte de sus padres, antes de ser entregada a su prometido, a quien es llevada personalmente por su futura cuñada, doña Úrsula, habiendo sido trasladada “dentro de alguna urna de cristal” (Millares Torres, *Benartemi* 22). A estos territorios-cuerpos hay que conquistarlos, por supuesto, también carnalmente; igual que hoy, en lo que solo resulta ser una actualización de la misma violencia, los narcos “escriben”, a decir de Segato, el cuerpo de las mujeres para ganar espacios y mayor poder sobre estos. Como se trata de un acto de abuso, económico y corporal sobre tierras y mujeres, es necesaria la bendición de la ética cristiana por medio de la ceremonia del matrimonio religioso que se persigue para legitimarlo; así, en los siguientes capítulos a la llegada, asistimos a los preparativos para la celebración del sacramento en la fortaleza de Gando, que pertenece al novio y a su familia.

Con la unión de Isabel y don Pedro se recrea el mito dácilo, elaborado por Antonio de Viana, en el Canto V del poema *Antigüedades de las Islas Afortunadas* (1604), sobre los imaginados amores entre la princesa canaria Dácil y el capitán castellano Gonzalo del Castillo, para explicar la constitución social de las Islas, mestiza a partir de la conquista y el proceso de colonización;⁷ al tiempo que sirve para recordar la parte de españolidad del canario frente al abandono metropolitano que mencionamos antes. Ni por asomo cabe imaginarse en este tipo de romance otra unión que no sea heterosexual pues, como explica Wittig, sirve esta para garantizar y perpetuar el orden social: “[...] ha servido de parámetro a todas las relaciones jerárquicas. Casi resulta superfluo subrayar que solo los miembros dominados de este par son «ineficaces» por sí mismos. Mientras que «gobernante» y «macho» funcionan a la perfección sin su pareja” (68).

7 “[...] la obra de Viana, sobre todo gracias a su invención del mito de Dácil, se convierte en un poema “fundacional”. Y es que, sin proponérselo, Antonio de Viana convierte a Dácil en el símbolo de la Isla. Una isla que, como la princesa guanche, lo espera todo del mar” (Domínguez Luis 3).

La ansiada unión se complica cuando aparece en escena, al principio de manera misteriosa, como en un juego de disfraces-identidades, el nieto del último rey de la isla, quien oculta su nombre, Fernando de Carvajal y Trejo, y su condición también de mestizo, bajo el nombre indígena de Benartemi. Su apodo, “el último de los canarios”, es un sobrenombre real que otorga Millares Torres a su personaje y que recibió históricamente el guerrero Doramas (Quintana Déniz 284), por liderar al pequeño grupo de alzados canarios aun instalada la soberanía castellana. Además de bello, noble, se convierte en protector, primero en las sombras y desde hacía años, de Isabel, que se enamora inmediatamente de él desde que lo descubre, para adquirir más tarde la responsabilidad de liberarla, a pesar de su promesa, de ese matrimonio forzado que la hará desdichada para siempre:

–Escuchad mis palabras y grabadlas bien en la memoria. Ese matrimonio no se efectuará. No puedo en este momento revelaros los medios que he de emplear para conseguirlo, pero os juro que serán vigorosos y decisivos. No os opongáis al viaje proyectado; seguid a vuestra tía hasta el castillo de Gando y esperad tranquila los acontecimientos (Millares Torres, *Benartemi* 73).

Tras el enfrentamiento entre las huestes canarias y castellanas en el intento de liberar a Isabel cuando está de camino hacia la fortaleza, y el posterior encarcelamiento de Benartemi, este es condenado a morir; pero es perdonado por su adversario, don Pedro, gracias al sacrificio al que se ofrece Isabel de darle su mano. En la mañana que se va a producir la pactada evasión de las mazmorras del canario, en la celda los dos enemigos discuten –el alzado no quiere la libertad pagada a tal precio– y se enfrentan físicamente en una pelea que termina con la derrota y el encadenamiento del español y la huida de Isabel y Benartemi, que finalmente se declaran su mutuo amor. Perseguidos, vislumbran que la única salida que tienen para alcanzar la libertad –personal, para la pareja, y colectiva, para el grupo de alzados– es marchar de la Isla, y juntos zarpan en una nave que les estaba esperando en una playa hacia América, mientras son dados por muertos por los españoles, presuntamente desriscados en la agreste costa por la que huían.

La novela termina cuando una década después, ya corre el año de 1516, llegan desde las Indias a una ciudad de Las Palmas de Gran Canaria pacificada y en progresivo desarrollo el marqués de Costa Rica y su esposa. Para nuestra sorpresa, se nos revela que quienes se presentan ante don Pedro de Carvajal y su amigo y compañero don Gonzalo, ahora viejos y empobrecidos hidalgos, son Benartemi, usando su nombre castellano, Fernando de Carvajal y Trejo –sobrino, por tanto, de don Pedro–, y su esposa doña Isabel de Mendoza, avalados por el crédito de su tí-

tulo, conferido por la Corona, y sus riquezas, por lo que ahora sí ya son aceptados: “El capitán, con los ojos llenos de lágrimas, extendió sus trémulos brazos hacia ella y dijo sollozando al estrechar a los jóvenes junto a su corazón: —¡Hijos míos... benditos seáis!” (Millares Torres, *Benartemi* 123).

En el estilo narrativo de esta breve obra, bastante sencillo, aún lejano realmente del de la novela moderna, puede destacarse el recurso de la ironía, por medio de una voz narrativa omnisciente que cuenta conscientemente desde el siglo del autor, que opina y que no pretende ser objetivo:

Estamos, pues, seguros de que nunca en sus sueños de niña pudo Isabel considerar como el bello ideal de un esposo a un hombre de sesenta y cinco años, de tez morena y apergaminada, con ojos grises medio envueltos en unas cejas espesas y en continua anarquía, con una boca sin dientes y un cuerpo alto y enjuto, que hubiera entonces recordado a don Quijote, si su inmortal autor lo hubiera producido un siglo antes (Millares Torres, *Benartemi* 25).

A pesar del discurso acartonado de los personajes que representan el poder castellano, que nos “venden” de palabra, por medio de los diálogos directos, la superioridad de la civilización occidental frente a la anarquía de los pueblos recién conquistados, el lector se pone del lado de los canarios por la fuerza de los hechos que acontecen, observando cómo realmente piensan y actúan los personajes, cómo son. Así lo vemos también en las descripciones de la pareja concertada, en la que contrastan la belleza y virtudes de la joven, frente al alma pecadora y la fea apariencia del cristiano viejo —“[...] con unos cabellos más negros que el alma de su futuro marido [...]” (Millares Torres *Benartemi* 21)—, o cuando los escuderos castellanos bromean sobre la diferencia de edad de los novios —“[...] apostaría doble contra sencillo que el día de sus bodas nuestro valiente capitán va a conocer por primera vez el miedo” (Millares Torres, *Benartemi* 21)—. Pero esta ironía se muestra eficaz, sobre todo, para criticar la hipocresía de la sociedad castellana. La sangre infiel de la mestiza que corre por sus venas —no dejan los españoles de presentarse y alardear de ser cristianos viejos— es hipócritamente “dignificada” porque se revela como una rica heredera: el poder monetario salva distancias en la naciente modernidad y sirve de base para la unión y la consiguiente construcción-contrato social cuyo fruto es el nuevo estado anhelado:

Huérfana, hermosa y rica, creyó doña Úrsula, a quien se le había confiado la tutela, que el mejor y más seguro medio de afianzar la futura felicidad de su pupila era traerla de la respetable casa donde se había educado en La Laguna para casarla con su hermano, cuya severa elegancia, religiosidad y buenas

costumbres eran para ella un objeto de continua admiración, sin duda por el contraste que formaba con los defectos de su marido el asentista (Millares Torres, *Benartemi* 26).

Algunos silencios en torno a la construcción de la identidad canaria

En las últimas décadas han visto la luz cada vez más estudios literarios que ponen su lupa sobre el silencio, es decir, sobre lo que no se dice, se obvia o se deja difuso, incluso sobre quiénes callan y no tienen voz en la construcción de las narrativas, razón por la que estos actos muchas veces vienen a tener una mayor potencialidad significativa. En el caso de la novela que estamos analizando, esos silencios parecen girar en torno al tema de la construcción del ser canario, de su identidad y su relación con el otro, cómo nos percibimos y definimos y también nos presentamos frente a esos otros, individual y colectivamente.

Como antes explicamos, la unión matrimonial que se presenta como motor narrativo y que recrea el mito dácilo fundacional sirve para explicar la condición social de las islas como fruto del mestizaje. La pareja alternativa, la de Isabel y Benartemi, con la importante diferencia de que su vínculo nace del sentimiento amoroso y no por el interés político y material de la conquista castellana, también asume de manera tácita ese mestizaje, la unión de los elementos culturales originarios de los antiguos canarios más los aportados por los españoles, representantes de la civilización occidental. La novela nos impone la idea de que es imposible volver atrás, a un pasado solo canario e incontaminado, ya que los aborígenes han sido casi totalmente destruidos y la resistencia rebelde es mínima y contaba con unas fuerzas muy menores.

Pero este mestizaje, que se presenta como un hecho ya desde el siglo XVI en que se ubica la novela, está conflictuado, pues revela una manera fronteriza y problemática de ser; como vemos cuando canarios y españoles intentan definir qué es o más bien no es doña Isabel, no encajando en ningún grupo y siendo, además, percibida como una traidora por los canarios:

–Desventurado, ¿osarías deshonorar a la nieta de tus reyes...?

–¡Quién! ¿Esa mujer? –y con feroz sonrisa señalaba el viejo a la inocente niña, que, casi desfallecida, miraba con extraviados ojos las horribles figuras que la rodeaban. –Esa mujer no es ya canaria; ha renegado de sus padres, de su patria y de su religión; hoy es... una española.

–Es la hija de Guayarmina...

–No; es la hija de Hernando de Guzmán; de ese miserable que tiñó su espada en la sangre de mis hermanos... (Millares Torres, *Benartemi* 83).

Por eso, cuando Benartemi le confiesa a Isabel su verdadera personalidad tras el hallazgo de la nota que le deja en sus aposentos, en el capítulo 6, titulado “El billete”, se reconocen unidos en ese mestizaje: “No os asustéis, no; es un hermano que acude al socorro de su hermana; porque nosotros, Isabel, somos hermanos por el aislamiento, por la orfandad, por el dolor” (Millares Torres, *Benartemi* 59).

Se suele entender, de una manera muy simple, el concepto de “mestizaje” como una fusión que se produce por una suma de elementos iguales. En realidad, esta fusión de grupos que se encuentran, o más bien chocan, en los procesos de colonización y expansión imperialista se da entre grupos no iguales, movidos por el ejercicio de la fuerza, como advierte Eugenio Padorno en su lectura de la égloga de Viana sobre los amores de Dácil y el capitán Castillo; es decir, se producen unas violencias que ni siquiera llega a sugerir Millares Torres:

Por lo que se refiere al otro aspecto, se ha de tener presente que Dácil es un ser marginal; y tal consideración obedece a que ella, adscrita al ámbito de lo bárbaro o lo iletrado, está fuera de la fe cristiana; la centralidad de que goza Castillo se debe al hecho de que su humanidad descansa en aquella fe, y le es refrendada por su pertenencia a la civilización occidental, con el derecho de ser servido (Padorno, “Nota de una nueva” 31).

Es muy llamativo que la solución que Millares Torres ofrece a sus protagonistas para alcanzar la libertad, personal en su historia íntima de amor, pero también colectiva como grupo que representa al conjunto de los canarios, sea la emigración hacia América, una salida desesperada que no ha dejado de buscar la población insular a lo largo de los siglos: “No lejos de esta gruta se alza al pie de una montaña la rada de Arinaga, en cuyas aguas nos espera un buque. Dentro de una hora sabrán sus tripulantes el sitio a donde nos han de enviar el bote, que, a su bordo, debe conducirnos” (Millares Torres, *Benartemi* 116).

Esta migración, que al final es un movimiento de ida y vuelta, trae inevitablemente a las Islas elementos culturales y costumbres de la otra orilla que terminan calando en la cultura canaria y que enriquecen esa primera “fase” del mestizaje de lo canario y lo europeo, cristalizando en diferentes planos y esferas de la cultura. Mas es curioso que esa introducción-reconocimiento de lo americano en el ser canario no dé pie para hablar de África, es más, se niega u obvia toda referencia al

carácter africano de esa canariedad originaria prehispánica, a pesar de que, como señala Gil Hernández, además de Viera y Clavijo y su fuerte afirmación de la africanidad de estas islas, “El tema africanista no ha dejado de escenificarse como uno de los más recurrentes ítems de los que pueblan el grueso de las crónicas conservadas sobre el pasado de Canarias.” (157).

Esto puede llevarnos a interpretar la teoría del mestizaje como una estrategia de blanqueamiento del pasado y la cultura originaria canaria, tal como observa Briones en su trabajo sobre etnicidad en Argentina, que oculta y niega lo africano, como se observa al final de la novela, cuando Benartemi se presenta “libre” y poderoso, con su nombre castellano, con el que termina identificado. Este discurso, además, potencia la invisibilidad del racismo y el menosprecio que existen, y se pusieron en boga en el siglo XIX desde una perspectiva cientificista, con la aceptación de las tesis darwinistas sobre el origen evolutivo de nuestra especie (Sánchez Arteaga), hacia las culturas africanas. Así, para defender la hermosura de Isabel, que es mestiza, se recalca especialmente la claridad de su piel: “[...] figuraos, amigos míos, que la señorita doña Isabel de Mendoza apenas ha cumplido los dieciocho años, que es blanca como la espuma del mar, esbelta como un palmito, graciosa como una andaluza [...]” (Millares Torres, *Benartemi* 21); repitiendo el planteamiento de Viana de tres siglos antes pues, según Merediz:

Lo que Viana propone es la pareja fundacional idónea, el capitán español Gonzalo del Castillo y la princesa guanche Dácil, elaborando un edificio plausible sobre los cimientos de una información documental y etnográfica bastante vaga que supone a los guanches del norte de Tenerife como rubios de ojos azules y a los del sur más oscuros, quemados por el sol (873).

Por otro lado, como ya hemos dicho, los canarios, aun teóricamente un grupo bárbaro, sin civilización, resultan al final dibujados como un colectivo de mayor moralidad que el de los castellanos, lo que además de obedecer al objetivo de Millares Torres de exaltación de ese pasado precolonial, también está en la onda del mito del buen salvaje romántico que asociaba bondad y primitivismo. Pero, entre este grupo, sobre ellos, brilla la noble conciencia de Benartemi, quien ha unido a ese ser natural primitivo “bueno” los valores de la cristiandad, por lo que se interpreta que hay una valoración de superioridad de su ser frente a los canarios “puros”, mediada porque ha conocido la civilización y la fe. Esto lo vemos en el capítulo 10, titulado “Un protector”, cuando los canarios, que han apresado a la delegación que acompaña a Isabel hasta Gando para celebrar el matrimonio, quieren violar a las mujeres para vengar los ultrajes sufridos por sus propias mujeres, e incluso por sus

hijos, y a las que Benartemi defiende. Es más, se llega a percibir un orgullo, si bien un tanto contradictorio, respecto a la españolidad de Canarias; como se observa en la Introducción a la novela, cuando Millares Torres se entristece de cómo la rapiña de los malos españoles acabó con la raza indígena, al tiempo que presume de que esa absorción de estas Islas por la corona castellana nos brindó el honor histórico de ver pasar a Colón hacia América, un episodio que permitiría repetir una similar rapiña, e incluso escribe: “El progreso se dejó sentir hasta sobre las negras escorias sembradas en todas direcciones por las edades prehistóricas, como un eterno recuerdo de su primitiva formación” (*Benartemi* 17).

Por último, encontramos algunos “silencios” también en torno a este tema que se van a reflejar en el plano lingüístico del texto. En cuanto al lenguaje usado por Millares Torres, a quien según Quintana Déniz “[...] le debe bastante a la retórica de los ilustrados franceses del centenario anterior” (278), es curioso que, a pesar de la aparente exaltación de lo canario, a excepción de Benartemi y uno de los viejos canarios, pero en un solo capítulo, el resto de integrantes del grupo de rebeldes no habla, no tienen voz, quedando los canarios de nuevo infantilizados bajo esa etiqueta de primitivismo; mientras que personajes totalmente episódicos castellanos, como los escuderos, sí tienen diálogos. También llama la atención que, junto a presentar otros códigos comunicativos propios de este grupo, como el silbido,⁸ lo que daría nota de la riqueza cultural de esta comunidad, en los diálogos directos, el dialecto que usan los canarios es el mismo habla que el del español castellano, salvo el uso del “ustedes” por el “vosotros”;⁹ mientras que cuando hablan Benartemi e Isabel usan exactamente la misma variedad que los castellanos:

8 “Es una maravilla que incluso en nuestros días podemos escuchar a dos interlocutores comunicándose a gran distancia por medio del silbo. Todas las indicaciones muestran que se trata de una manifestación cultural que procede de la población aborigen canaria, como el lector tendrá la oportunidad de comprobar. Los guanches, usando esta generalización para el antiguo habitante de todas las Islas, utilizaban la técnica del silbo partiendo de su lengua, de origen bereber, ya desde antes de la llegada de los europeos. Esta primitiva población, prácticamente neolítica, se mantuvo culturalmente casi intacta desde su arribada a las Islas hasta fechas muy recientes, históricamente hablando (siglo XV, con continuación en el XVI). La población actual de las Islas Canarias descende, en buena parte, de estos antiguos canarios, como nos demuestran algunas realidades culturales, pero sobre todo, genéticas y antropológicas. Es obvio pensar que la cultura de los conquistadores, dominante, se impondría a la de los conquistados, pero lo es aún más pensar que el nativo estaba mejor adaptado al medio, por lo que la población mestiza resultante también tomó rasgos culturales de los aborígenes. Entre ellos el silbo, que es un fenomenal vehículo de comunicación a distancia en zonas escarpadas, muy comunes en las Islas, sobre todo en las centrales y las occidentales” (Díaz Reyes 67).

9 “De un lado, tenemos que, dicho de forma general, en la isla de La Gomera, núcleos reducidos de la isla de La Palma y núcleos reducidos de la isla de Tenerife, se emplean las formas canónicas vosotros (y sus complementarios [directo (v)os, posesivo vuestro y morfemas verbales de segunda persona de plu-

–No será por mucho tiempo, Isabel. Yo me encargo de abreviar el plazo. Ahora dormid sin temor; nadie vendrá a interrumpir vuestro sueño.

–¿Os vais?

–Quisiera no separarme jamás de vuestro lado, porque sólo en esos rápidos instantes he conocido la verdadera felicidad (Millares Torres, *Benartemi* 73).

Mientras, la lengua que hablan realmente los canarios, que no se recoge o reproduce siquiera fragmentariamente a partir de los restos que había documentados en la época –como sí hiciera por ejemplo siglos antes Cairasco de Figueroa en su famosa *Comedia del recibimiento* (1582) en boca de Doramas, un acto que José Miguel Perera Santana relaciona con Bartolomé de Las Casas–, se describe como “ininteligible” para los castellanos, aunque armoniosa, calificativo que otra vez responde a su voluntad de mitificar lo originario precolonial. Realmente, este calificativo muy en la onda romántica del buen salvaje ocultaría un problema grave, la dificultad de comunicación y, por consiguiente, de un posible diálogo real intercultural, demostrándose de nuevo que esa idea de mestizaje fundacional no era tan ideal como aparentemente se presenta en la novela.

A modo de conclusión

A estas alturas del texto, queda demostrado que *El último de los canarios* puede ser leída, también, como una novela fundacional atlántica, que la emparenta con las letras hispanoamericanas, arraigando con la tradición interna insular y dentro de la retórica del romanticismo. Nos surge la pregunta sobre si Millares Torres tenía conciencia de estar fundando de algún modo Canarias, más exactamente describiendo y proponiendo qué supone para él ser o existir aquí, por medio de la escritura y consecuente recepción de su novela por parte del público de las Islas. Creemos que esto ya es del todo imposible de saber, pero de lo que sí estamos seguras es de la

ral)), cuando se trata de un oyente plural que pertenece al ámbito personal del hablante, y ustedes (y sus complementarios [directos los y las, indirecto les, posesivo su y morfemas verbales de tercera persona plural]), cuando se trata de un oyente plural ajeno al ámbito personal del hablante, exactamente igual que en Castilla y en gran parte de la Andalucía Oriental.

De otro lado, tenemos que, en el resto de la geografía insular, se emplea solo la forma ustedes (y sus complementarios [directos: los y las; indirecto: les; posesivo: de ustedes; y morfemas verbales: tercera persona plural]), independientemente de cuál sea la condición de ese oyente plural, como ocurre en la mayor parte de la Andalucía Occidental y en América 6.” (Morera 60-61)

preocupación por la situación de la realidad insular que nuestro escritor compartía con la mayoría de autores de su época, con diferentes posturas ideológicas que se trasladan de distinto modo a su ejercicio literario.

Son diversos los valores que ofrece y lo que significa *El último de los canarios*, seguramente fruto de esa sincera preocupación. Destacamos la tarea que asume nuestro autor de escribir una historia que aún no se había escrito, la de Canarias, por parte de la historiografía oficial, reclamando un lugar que no se le había dado. Una labor que complementa a través de varias de sus obras literarias y que unen literatura e historia, sabedor de que la ficción puede ir más allá y es capaz de cubrir huecos y de abordar temas y aspectos que teóricamente no pueden tocarse en los textos historiográficos o que no puede tratar en profundidad el texto periodístico. A esto se une su interrogación por el ser canario, de ahí su especial interés por el pasado precolonial, y que lo arraiga a una poderosa tradición interna insular, como ya se ha apuntado. Es por esto por lo que dedica un espacio importante en su escritura, en todos los géneros que cultiva, a los canarios originarios, a los que su tratamiento, indiscutiblemente, dignifica, resaltando sus cualidades, y a quienes dota de humanidad, por ejemplo, al plantearse un matrimonio “mixto” étnicamente, frente al tratamiento recibido por esta comunidad en las crónicas de conquista.

Este reconocimiento no es óbice para poner sobre la mesa algunas cuestiones que nos parecen problemáticas, siendo conscientes de que esta novela fue escrita y publicada en el siglo XIX, por un hombre con la mentalidad de su tiempo. Hablamos de problemáticas en el sentido de que algunos planteamientos que explícitamente hace o sugiere terminan difuminando u ocultando verdaderos nudos que existen alrededor de nuestra no resuelta identidad, y que se perpetúan precisamente a través de obras como esta por su especial capacidad de distraer al tiempo que, indirectamente, de enseñar.

Una de esas cuestiones espinosas es que la dignificación, y hasta la exaltación de personajes como Benartemi, convive con una idea de inferioridad de la cultura canaria originaria; es decir, se percibe que esta forma de ser humanos en el mundo es inferior a la española y, por tanto, occidental, por lo que, de algún modo, se justifica la colonización. Él mismo lo apunta en su *Historia general de las Islas Canarias*: “Pequeño era, sin duda, el pueblo que habitaba las Canarias, cuando la Europa lo ató al carro de su triunfante civilización” (Millares Torres 1).

La otra cuestión de la que no podemos dejar de tratar es de la ocultación de las violencias que supuso tanto este proceso de colonización como la constitución de una nueva sociedad bajo la “solución” del mestizaje, aunque este se presente bajo

un disfraz idílico, a través de una historia sentimental llena de aventuras, protagonizada por dos personajes heroicos y en medio de una naturaleza también idealizada como la que se narra en *El último de los canarios*. Esa mezcla de poblaciones no se asentó ni en la comunicación ni en la igualdad, ni de personas ni de grupos, en ningún sentido, ni racial ni de género ni de clase, por lo que esta supuso mucho desgarró, a todos los niveles, y mucha negación que, en definitiva, generaron una mentalidad subalterna, de colonialidad, que se asumió por la sociedad canaria con la inauguración de nuestra entrada a la modernidad y que en buena medida aún arrastramos.

Para concluir, los clásicos que, como escribía Italo Calvino, son aquellas obras salvadas por la tradición y cuya lectura no termina de agotarse, como esta novela de Millares Torres, pueden y deben ser leídos porque aseguran siempre a los lectores nuevas experiencias; pero deben leerse con espíritu crítico, conscientes de lo que advertía Gramsci sobre los productos literarios, el papel de los intelectuales y su capacidad de legitimar discursos. Es decir, hay que leer *El último de los canarios* señalando sus puntos oscuros, en medio de todas sus virtudes, con el serio propósito de intentar desvelar eso que somos y de definir qué queremos ser, frente a la lectura pasiva de asumir, aún por más tiempo, discursos coloniales, lo que solo difumina y perpetúa problemas, sabedores de que las identidades nacionales y culturales son escritas, y pueden re-escribirse desde las narraciones ficcionales.

Cuán distinta hubiera sido la significación de esta obra si escucháramos, sin ventrílocuos, a las víctimas o si Benartemi hubiera reclamado al final de esta novela seguir siendo llamado por su nombre canario, exigiendo así un auténtico respeto a su especificidad. Canarias, comunidad real e imaginada, aún no ha sido contada, como reconocía el mismo Agustín Millares Torres. Nos queda, pues, mucho por hacer.

Obras citadas

- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Arencibia Santana, Carmen Yolanda. “La literatura en Gran Canaria a mediados del siglo XIX”. *Boletín Millares Carlo*, 11, 1990: 111-126.
- Becerra Bolaños, Antonio (2020). “Africana, europea, americana: la conformación imposible de la cultura canaria”. *América Latina – África del Norte – España: lazos culturales, intelectuales y literarios del colonialismo español al antiimperialismo tercermundista*, editado por Stephanie Fleischmann y Ana Nenadović, Iberoamericana-Vervuet, 2020: 89-120.
- Briones, Claudia. “Mestizaje y blanqueamiento como coordenadas de aboriginalidad y nación en Argentina”. *Runa: archivo para las ciencias del hombre*, 23, 1, 2020: 61-88.
- Calvino, Italo. *Por qué leer a los clásicos*. Madrid: Siruela, 2015.
- Díaz Reyes, David. “El lenguaje silbado en Canarias”. *Los medios de transmisión de información*, coordinado por Enrique Pérez Herrero (coord.), Gobierno de Canarias, 2011: 65-101.
- Domínguez Luis, Cecilia. “Antonio de Viana. Archipiélago de las letras”, s.f., <<https://www.academiacanarialengua.org/archipielago/antonio-viana/textos/93/>>
- Fabelo Corzo, José Ramón. “La independencia latinoamericana (1810-1825) y sus alternativas axiológicas”. *Docencia. Revista de Educación y cultura*, 22, 2007: 56-9.
- Galván González, Victoria. “La novela Vida del noticioso Jorge Sargo de José de Viera y Clavijo en el marco de la novela hispanoamericana y española de siglo XVII. Relaciones literarias y proximidad ideológica”. *XI Coloquio de Historia Canario-Americana*, coordinado por Francisco Morales Padrón, 1996: 565-580.
- García García, Laura. “Narrativas nacionalistas e identidades culturales en Canarias: narracionalidad y Los lenguas cortadas (2020)”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, 69, 2023: 1-11.
- Gil Hernández, Roberto. *Los guanches: conquista y anticonquista del archipiélago canario*. (Tesis doctoral). La Laguna: Universidad de La Laguna, 2015.
- García de Gabiola, Javier. “La conquista de las Canarias: un ensayo bélico ara América (1402-1501)”. *Medievalia*, 51, 2019: 155-179.

- Gramsci, Antonio. *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1997.
- Merediz, Eyda M. “De Insulis o más islas que se repiten: Canarias, Cuba y el Atlántico hispano”. *Revista Iberoamericana*, LXXV, 228, 2009: 865-884.
- Millares Torres, Agustín. *Historia general de las Islas Canarias*. Las Palmas: Imprenta de La Verdad de I. Miranda, 1893.
- . *Benartemi o El último de los canarios*. Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones de El Museo Canario, 1976.
- Morales Jasso, Gerardo y Bañuelos Aquino, Víctor Manuel. “Debates en torno al concepto de “novela histórica”. Propuestas desde el diálogo entre la historiografía y la crítica literaria”. *Relaciones Estudios de Historia y Sociedad*, 152, 2017: 267-30.
- Morera, Marcial. “El vosotrismo o vosotreo del habla canaria: causas y consecuencias”. *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, 45, 2022: 59-70.
- Padorno, Eugenio. “Nota de una nueva lectura de la «égloga» de Dácil y el capitán Castillo”. *Anuario de Estudios Atlánticos*, 55, 2009: 25-42.
- . “Sobre la formación de un «canario cántico». De Cairasco de Figueroa (1538-1610) a Graciliano Afonso (1775-1861)”. *Philologica Canariensia*, 2-3, 1996-1997: 501-514.
- Paz, Manuel de. “Canarias y América. Aspectos de una vinculación histórica”. *Anuario americanista europeo*, 4-5, 2006-2007: 197-211.
- Perera Santana, Ángeles. “Agustín Millares Torres: Recuerdos históricos y El último de los canarios”. *Revista ACL de la Academia Canaria de la Lengua*, 1, 2020.
- Perera Santana, José Miguel. “La pobre víctima en Cairasco de Figueroa”. *Bartolomé Cairasco de Figueroa y los albores de la literatura canaria*, editado por Eugenio Padorno y Germán Santa Henríquez, Servicio de Publicaciones de la ULPGC, 2003.
- Pérez García, José Miguel. “La organización político-administrativa de Canarias: un balance histórico”. *Anales de Historia Contemporánea*, (20), 2004: 407-422.
- Quintana Déniz, Pablo José. *La narrativa canaria: estudio de su historia (1500-1930)*. [Tesis doctoral]. La Laguna; Universidad de La Laguna, 1989.
- Reyes González, Nicolás. “Nicolás Estévanez y la “sombra del almendro”. *Rincones del Atlántico*, 2, 2005: 24-32.

- Robira, Enrique. “La nueva representación simbólica y visual tras la independencia americana”. *Revista Dos Puntas*, 14, 2016: 259-268.
- Said, Edward W. *Orientalismo*. Barcelona: Debolsillo, 2002.
- Sánchez Arteaga, Juan Manuel. “La racionalidad delirante: el racismo científico en la segunda mitad del siglo XIX”. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 27. 2, 2007: 111-126.
- Santana Sanjurjo, Victoriano. “Análisis físico de un libro del siglo XVI: Ninfas y pastores de Henares como objetivo material”. *Philologica canariensis*, 10-11, 2005: 503-520.
- Segato, Laura Rita. *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez: Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado*. México DF: Universidad del Claustro de Sor Juana, 2006.
- Sommer, Doris. *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Viera y Clavijo, José de. *Historia de Canarias, vol. I*. Santa Cruz de Tenerife: Idea, 2016.
- Wittig, Monique. *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona: Egales, 2006.